

– INTRODUCCIÓN –

• A QUÉ PADRES NO LES GUSTARÍA CONOCER DE ANTEMANO cómo será el mundo en el que vivirán sus hijos? Es así como podrían orientar su tarea hacia el logro de un objetivo diáfano. Sabrían la clase de destrezas en las que habrían de formarlos; insistirían en inculcarles los valores necesarios con los que hacer frente a las peores eventualidades. Unos padres preocupados por sus hijos sin duda harían eso: allanar el camino que conduce a unos seres recientes a su encuentro con un tiempo sembrado de imponderables.

Sucede que la confianza de unos padres en la educación que proporcionan a sus hijos se incrementa a medida que lo hace su conocimiento de la realidad para la que los preparan. En el pasado, antes de que el ritmo de la historia acelerase su curso, no había dudas al respecto: los hijos venían al mundo destinados a vivir en un entorno idéntico al de sus progenitores, un hábitat que, en lo esencial, había permanecido inalterado a lo largo de los

siglos anteriores. Así, el patricio romano o el campesino medieval, el orfebre renacentista o el sagaz comerciante decimonónico preparaban a su descendencia para una vida muy similar a la que habían llevado ellos. Nadie planificaba la educación de sus hijos en función de una expectativa de cambios inminentes. Existía un sustrato estable sobre el que levantar la delicada arquitectura que siempre resulta ser el proceso de formación de una persona.

Esta circunstancia dotaba al sistema de relaciones en torno al cual se articula la vida comunitaria de una fuerte impronta de estabilidad. Es cierto que se pagaba un precio por ello, y un precio elevado además: la casi unánime ausencia de movilidad social. Pero, como contrapartida a esa vertiente de estancamiento, se conseguía preservar intacto, de una generación a la siguiente, el depósito de creencias y costumbres que, con independencia de los avatares biográficos y las peculiaridades de cada existencia individual, llenan de contenido las vidas particulares.

No se trata de que no se produjeran cambios, sino de que estos acontecían con tal lentitud, que en el intervalo de una generación no alcanzaban a modificar la fisonomía de la sociedad sobre la que se proyectaban. Así, y de un modo análogo a como las condiciones materiales de la existencia apenas variaban en el margen de extensos intervalos de tiempo, tampoco lo hacía el núcleo de la cosmovisión que confiere su apariencia distintiva a cada periodo de la historia.

Hoy, por contra, el tenor de los tiempos ha hecho añicos cualquier marco de referencias permanentes. Vivimos sumergidos en una rutina del cambio incesante, valga la paradoja. Una nube de sospecha se cierne sobre todo lo que reclame una oportunidad para aposentarse, un margen de pausa para su reposo y maduración. Lo que se resiste a alterar su esencia, aquello que se obstina en apartarse del torbellino de transformaciones que es a la postre la verdadera sustancia de la que se alimenta nuestra época, se expone a quedar contaminado por un aire de ignominiosa anacronía.

Desde el punto de vista de la educación de nuestros hijos, las consecuencias de tal estado de cosas se vuelven cada vez más notorias. Pagamos nuestra subordinación a los estándares vigentes en términos de incertidumbre y ansiedad. Casi a diario, comprobamos cómo la realidad se transforma conforme a pautas para cuya asimilación sería necesario contar con el recurso de un aparato psíquico del que, sencillamente, no hemos sido provistos. A los avances de la técnica, apabullantes hasta en sus repercusiones sobre los aspectos más nimios de nuestra cotidianeidad, hemos de sumar los efectos habitualmente deletéreos de aquellas ideologías que, deudoras del utopismo revolucionario, buscan la transformación de la naturaleza humana a través del cuestionamiento no sólo de la urdimbre que ha conformado el tejido de nuestra civilización, sino de la

misma condición antropológica del ser humano y hasta de sus realidades biológicas más patentes.

Este es el ambiente en el que nos sabemos abocados a ver crecer a nuestros hijos. ¿Para qué futuro debemos prepararlos entonces? La respuesta a esa pregunta se antoja más problemática que en cualquier otro momento del pasado. No es que la faz del mundo venidero permanezca velada tras una bruma de indefinición; es que resulta dudoso que nuestra imaginación pueda llegar a atribuirle alguna vez un único semblante reconocible.

Ahora bien, hay algo que parece fuera de duda: el inmenso poder desintegrador de las fuerzas que modelan el presente. Al extraer un denominador común de todas ellas, quedan a la vista las dimensiones del ambicioso proceso de desmantelamiento en que se encuentra sumida nuestra cultura. No es un hecho reciente, por lo demás. Para su localización histórica es preciso remontarse, como mínimo, un par de siglos en el tiempo (y más lejos, claro está, si nos retrotraemos al nominalismo del siglo XIV o a la ruptura de la unidad religiosa acaecida tras la Reforma protestante). Sin embargo, estas páginas no albergan una intención arqueológica. Su propósito se limita a lo que, en mi opinión, representa una cuestión a todas luces apremiante: identificar algunos de los mecanismos a través de los cuales el hombre y la mujer de hoy están siendo desposeídos, a una velocidad creciente, de

la práctica totalidad de los anclajes que deberían fijarlos a su realidad más inmediata.

Los frutos de este proceso, visibles en su plenitud desde hace ya unas cuantas décadas, componen el paisaje de la posmodernidad, un tiempo definido, entre otros factores, por el escarnio de la tradición, la ruptura de los vínculos comunitarios y el fomento de un fiero individualismo enmascarado bajo el disfraz de una dinámica emancipadora.

Hasta qué punto se trata de un panorama susceptible de ser revertido tampoco es algo que me proponga determinar aquí. De arriesgar un pronóstico, me estaría adentrando en el movedizo terreno de la especulación. Sí me gustaría asumir, en cambio, el deber de ofrecer una propuesta que testimonie la voluntad de oponer al áspero signo de los tiempos la luz de una cierta esperanza. Más allá de las dificultades propias de la época, de la inseguridad que nos infunde la cambiante morfología que asume una sociedad inmersa en una vorágine de desórdenes culturales, quisiera que este libro sirviese para sugerir la posibilidad de una senda alternativa a la que se nos ofrece como única vía para transitar el mundo.

Quiero pensar que hay un camino que no conduce al aislamiento y la penuria vitales. Una senda, estrecha quizá, al modo de la puerta que el Evangelio nos insta a trasponer si deseamos acceder al disfrute de la vida plena, a través de la cual eludir la anomia moral propia

de un mundo impregnado por el espíritu disgregador de la técnica. Este libro nace de la convicción de que resulta factible escapar de la ambición totalitaria que ensombrece el presente si educamos a nuestros hijos en el cultivo de un compendio de virtudes sustantivas. Nada garantiza nuestro éxito, sin embargo. Es este un temor con el que hemos de aprender a convivir. Porque educar trata de eso precisamente: de vivir en un constante equilibrio entre la fe y el abismo, entre la lealtad a los principios que dieron contenido a lo que somos y la conciencia del papel que desempeña nuestra propia debilidad a la hora de sortear las mil seducciones con las que el mundo siempre tratará de doblegarnos.

Hablo de educar y, sin embargo, no querría transmitir la impresión de que es mi propósito ofrecer al lector un tratado pedagógico al uso. No pretendo comunicar fórmulas infalibles que aseguren un cierto cómputo de conquistas profesionales o de las que se desprenda la garantía de una estabilidad emocional a prueba de toda clase de contratiempos. Con entera probabilidad, mis hijos emprenderán el camino que ellos decidan. Es más, no sería realista descartar la posibilidad de que cuanto más intentemos su madre y yo ajustarlos al molde que consideremos idóneo con vistas al alcance de sus metas futuras, más se obstinen ellos en emprender un camino diferente a aquel por el que nosotros hayamos tratado de dirigirles. Esto es algo que muchos padres han experimentado hasta el dolor,

sin ser conscientes a veces de que lo que sus hijos hacían al rechazar los modelos en que les invitaban a verse reflejados no era sino replicar el mismo gesto airado, la misma pose de rabioso desacato con que, tiempo atrás, ellos se habían opuesto a los deseos de sus progenitores.

A lo que me refiero es a plantar una semilla. O, mejor, a estimular en su manera de enfrentarse a lo que les rodea el hábito de una cierta mirada. Que contemplen el mundo bajo un prisma de gratitud. Que no pierdan la capacidad de asombrarse. Que aprecien los dones que han sido depositados en sus manos y comprendan que su valor está llamado a acrecentarse en proporción al derroche de generosidad con que se decidan a compartirlos. Me gustaría que aprendieran a trenzar lazos perdurables, a ser leales, a tener paciencia. Es importante que sepan reconocer sus límites, y, aun así, rezo para que no desesperen en aquellos instantes de sus vidas en que la oscuridad habrá de parecerles completa.

Quisiera que fueran más fuertes de lo que lo he sido yo, más valientes también. Desearía que su felicidad no la alcanzaran a costa de sacrificar siquiera una porción mínima de su propia integridad. Y, si lo hacen, me gustaría que en la conciencia del precio que habrán de pagar por ello encontrasen un estímulo para ser mejores personas.

Quisiera que aprendieran a estar solos y, a la vez, que supieran huir de esa soledad autosuficiente, repleta de

espejismos virtuales, que es una de las lacras mayores de nuestros días. Y me gustaría que desconfiaran del rasero con que el mundo acostumbrará a medirlos: tanta tramoya grandilocuente, tantos brillos y oropeles que nos ciegan, y que rara vez son algo... Ante todo desearía ser capaz de enseñarles a reparar en lo pequeño, en lo frágil; que busquen la belleza que se esconde en esos humildes recovecos por los que ya no se interesa casi nadie.

Ignoro cómo será el mundo que les aguarda. No obstante, no me hago demasiadas ilusiones al respecto. No creo que las líneas que habrán de definirlo vayan a ser muy distintas de las que ya se han insinuado durante el tiempo que me ha tocado vivir. Puede que unos pocos aspectos se atenúen, pero sin duda habrá otros muchos que irán a peor. Se acerca un horizonte de logros oscuros. Con un entusiasmo creciente, voraces demiurgos aspiran a rebasar los límites de lo humano. La época nos ha imprimido su inercia y en ella estamos inmersos todos, con mayor o menor conciencia de los peligros que nos aguardan. De manera que me gustaría que estuvieran preparados para resistir. Sé que la corriente de los tiempos habrá de arrastrarlos, pero aspiro a que no se disuelvan en ella. Comprendo que están abocados a sacrificar una parte de su existencia en el altar de la productividad, como piezas minúsculas del gigantesco engranaje que acciona el mundo; pero quisiera que, a pesar

de ello, conserven íntegra la conciencia del valor de su propia dignidad, el tesoro de la singularidad irrepetible de sus almas.

Nada de esto lo lograrán si entablan una lucha en solitario contra el mundo. Lo que me gustaría es que se preservara en ellos un pequeño remanente de pureza que les permita no perder la confianza en la bondad última de las cosas. Creo que sólo provistos de semejante bagaje serán capaces de abrir su espíritu a lo que les rodea y vincular sus vidas a las de otros. Descubrirán que uno sólo se pertenece a sí mismo en la medida en que se reconoce parte de una continuidad viva, inscrito en una genealogía que todavía difunde su latido, deudor agradecido de una historia previa.

Y, más allá de la realización de sus aspiraciones individuales y de los triunfos y fracasos que acumulen en el devenir de sus vidas, quizá comprendan al fin que lo que nos hace plenamente humanos es la voluntad de mantenernos unidos en el amor a lo concreto y en la fidelidad a unas pocas verdades inalterables.

La voluntad, en suma, de vivir en el arraigo.

PARTE I:
DESHEREDACIÓN Y
NUEVO COMIENZO

*Dondequiera que resurge el interés por la
desheredación y el nuevo comienzo estamos
siempre en el suelo de la modernidad auténtica.*

Peter Sloterdijk

*...el odio al pasado y la uniformización
de los modos de vida.*

Philippe Muray

CAPÍTULO I

— ¿CIUDADANOS DEL MUNDO? —

QUEREMOS LO MEJOR PARA NUESTROS HIJOS. PERO ¿a qué nos estamos refiriendo cuando hacemos nuestras esas palabras? La respuesta depende del contenido que le atribuyamos a ese «mejor». Me temo que, en un elevado porcentaje de casos, incluso si en nuestro interior nos resistimos a admitirlo, «lo mejor» hará referencia a un futuro de prosperidad material y de éxitos profesionales.

Sin duda, deseamos también para nuestros hijos una vida rica en afectos. Nos gustaría que se sintieran queridos y valorados, pues conocemos de sobra la importancia que la calidad de las relaciones que entablen habrá de desempeñar en sus vidas. Pero se acusa en este punto una carga de complejidad correlativa al signo de los tiempos. Hasta hace no mucho, el disfrute de una vida feliz llevaba aparejada una cierta noción de estabilidad. Se buscaba la consolidación de los vínculos. Tanto en la amistad como en el amor, prevalecía el deseo de que un sentimiento

de mutua afinidad entre las partes se sobrepusiese a las dificultades que surgen en el curso de cualquier relación. Consecuentemente, se educaba en la constancia y la paciencia, a través de un enfoque que eludía todo asomo de idealización de las relaciones humanas.

La amistad era un fruto raro, resultado tanto de una compatibilidad de los temperamentos como de una trayectoria hecha de perseverancia e interés por el otro. Su cultivo requería una delicada combinación de exigencia y respeto, de generosidad y renuncia a los apremios del ego. Era usual, por tanto, que se tuviera conciencia del logro tan extraordinario que representaba y del cuidado que era necesario aplicar en su preservación.

Los modos en que se establecían las relaciones también ayudaban a que la amistad se asentase sobre un terreno fértil. Hoy nos hemos habituado a que nuestro encuentro con los demás se sustancie por medio de dispositivos electrónicos que crean una situación donde la ventaja de la inmediatez y el triunfo sobre la distancia se pagan con el contrapeso de la superficialidad y la casi completa ausencia de compromiso. Pero hasta hace no mucho las cosas eran diferentes. Era indispensable situarse frente a una persona para poder comunicarse con ella. En ese sentido, la expresión «dar la cara» describe, con una contundencia casi ruda, el cariz de una experiencia en la que se ponía en juego el honor de cada una de las partes implicadas.

Los rituales propios de la sociabilidad se materializaban en un contexto de proximidad. Desde niño, uno aprendía que mentirle a tu interlocutor mientras le miras a los ojos es algo para lo que no todo el mundo se halla preparado. Si bien esto no excluía el engaño de nuestras vidas, suponía una traba considerable a la tentación de incurrir en él. Hoy, en buena medida, la tecnología ha disuelto ese escollo. La distancia que cualquier dispositivo establece entre quienes recurren a su uso ha alterado la naturaleza del vínculo. Mentir es ahora tan sencillo como salir en busca de nuevas amistades una vez hemos defraudado a las antiguas o ellas nos han defraudado a nosotros. Y algo muy parecido ha sucedido con el amor. Ha surgido una sentimentalidad nueva, reacia al compromiso y, por descontento, refractaria a toda forma de institucionalización. Es una mentalidad tan entusiasta en sus manifestaciones epidérmicas como suspicaz en su fondo más íntimo. Declara apostar todo a una sola carta, pero, a la vez, no se priva de flirtear con las posibilidades que el abigarrado mercado de la experimentación pone al alcance de un cómodo paseo por los abismos de Internet.

También aquí se vive bajo la insinuación de una especie de vértigo, bajo el estremecimiento y el drama de una contradicción insoluble: se ansía la adhesión a los postulados del momento, a la celebrada promesa de una autorrealización siempre diferida, pero se sigue buscando

al otro, requiriendo su presencia, porque es a eso a lo que estamos llamados.

Así las cosas, comprendemos que el mundo de los afectos que se abre ante nuestros hijos no es el mismo que nosotros conocimos. Las extravagantes ideas que vimos despuntar en nuestra juventud han alcanzado su paroxismo. La tecnología, además, acelera el ritmo de la transformación. A medida que los vemos alejarse de nosotros, salir de nuestra órbita de influencia, sentimos como si nuestros hijos se adentrasen en un campo de minas. ¿Cómo reaccionamos ante eso? Conteniendo la respiración, desde luego; a veces, confiando en que finalmente sabrán encontrar la salida de su propio laberinto. ¿Y nada más? Bueno, sí. Los preparamos para que aprendan a desenvolverse con éxito en un ambiente cada vez más competitivo y despiadado. Les ayudamos a expandir la mirada, a ensanchar sus horizontes. Jugamos a imaginar que se convertirán en futuros ciudadanos del mundo.

DURANTE UNA ÉPOCA DE MI VIDA ME AFICIONÉ A esos programas de televisión cuyos protagonistas relatan su experiencia lejos de España. Reconozco que me dejé encandilar por el tono unánimemente celebratorio de cada entrega. Los testimonios exudaban

felicidad. Todos se mostraban pletóricos mientras describían la apertura al elenco de posibilidades que les había deparado su, al parecer, gozosa condición de expatriados.

En cuanto a la puesta en escena, la recurrente simplicidad del formato creaba un lazo de familiaridad con el espectador. Un reportero interrogaba al protagonista de turno acerca de sus vicisitudes presentes y pasadas mientras este lo guiaba a través de las diferentes localizaciones de una geografía entre la que casi siempre despuntaba alguna rareza subyugante. Eventualmente, el episodio podía incluir una visita a la casa del interesado, seguida de un posado familiar justo antes del instante del adiós, mientras la cámara retrocedía y allá en lontananza iba empequeñeciéndose el escueto grupo de anfitriones que agitaba las manos y exhibía amplias sonrisas irreprochables.

El mensaje subyacente dejaba en el espectador un regusto ambiguo. Por una parte, era inevitable comparar aquellas vidas plenas de dinamismo y novedad con la descolorida rutina que uno arrastraba. Sus protagonistas eran personas que, por motivos diversos, un buen día habían abandonado su lugar de origen y se habían lanzado a la aventura de refundar sus vidas. En el aire quedaba suspendida la evidencia de que el mundo pertenecía a quienes tomaban las riendas de su destino. Los demás, entretanto, nos limitábamos a admirar su reflejo

triumfante en la pantalla del televisor. Desde esa perspectiva, era forzoso contemplarse a uno mismo desde un prisma muy poco favorable, arrellanado cada noche en su sillón favorito, en la comodidad culpable del hogar, custodio vergonzante de una existencia sedentaria y anodina.

Sin embargo, el programa sugería una interpretación adicional que a quienes albergábamos un espíritu horadado por la carcoma de la tibieza nos brindaba una última oportunidad de redimirnos. Para ello, era necesario identificar a aquellas personas que nos amenizaban la velada no como figurantes de un entretenimiento banal, sino como lo que en realidad deseábamos que fueran: la encarnación de un arquetipo, los heraldos de un mundo en ciernes.

El atractivo era innegable. Para empezar, la producción del programa había tenido la cautela de seleccionar a personas con un cierto nivel de formación. Esa cualidad se hacía patente en la soltura con que se desenvolvían frente a la cámara. Su discurso era hilvanado, fluido, coherente. Confrontaban las limitaciones de su pasado en España con los prodigios que les había deparado su destino actual. Habían prosperado. Es más, era frecuente que su universo relacional también se hubiera enriquecido de manera sustanciosa. Todo resplandecía bajo el hechizo de la novedad: nuevos noviazgos, emparejamientos, matrimonios, hijos encantadores. Uno no podía sino desear unirse a las filas de aquella milicia emprendedora.